



Foto de Jr. Korpa en Unsplash

T.

TRAZOS

Aunque hacía dieciséis meses que nuestra casa de estudios había establecido un regreso responsable al campus, con la finalidad de impartir clases presenciales y garantizar un mejor servicio educativo, no dejó de ser un gran alivio recibir el anuncio de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que declaraba el fin de la emergencia sanitaria global por el COVID-19. La noticia se produjo a inicios de mayo pasado, tres años después de que la OMS declarara la enfermedad por coronavirus una “emergencia sanitaria global”. Las desgracias que nos deja la pandemia son escalofriantes, basta recordar que la cifra oficial de muertos en el mundo es de siete millones de personas.

Sabíamos que en el Perú el denominado *retorno a la nueva normalidad* iba a ser sacrificado y difícil, que suponía también nuevas formas y esencias de volver a la escuela, al trabajo, a las calles. Pero, sobre todo, sabíamos que lo más delicado residía en el tejido de una renovada ciudadanía. Muchos teníamos la esperanza de que los vínculos que estableceríamos entre maestros y niños, adultos y jóvenes, jefes y subordinados, comerciantes y clientes sería el advenimiento de ese clamor de César Vallejo: “Y cuándo nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos!”. Tengo, para mí, la más profunda decepción.

No obstante, *Lienzo* nos salva de peores daños. Vuelve la revista con el entusiasmo de siempre y la gratitud inmensa a sus colaboradores; también a sus lectores, quienes encontrarán en esta entrega 44 buena parte del significado que tienen estos dígitos en distintas culturas. De oriente a occidente es símbolo de vida, perfeccionamiento e integridad; tal vez sea el renacimiento del ave fénix la más sutil de sus variaciones

y la más sugestiva de la mitología universal. Resulta, entonces, tan oportuno abrir estas páginas de *Lienzo 44* con el regreso de Jaime Urco, poeta que no publicaba desde hacía casi tres décadas. “Al final traje mi silla a la cocina” reúne un conjunto de extraordinarios textos meditativos y coloquiales, secos y despiadados.

La sección de “Cuento” congrega a tres jóvenes exalumnas de la Universidad de Lima —Betty Soto Fernández, Claudia Aréstegui Buscaglia y Ángela Arce Gamarra—, quienes publican sendos relatos cortos, unidos misteriosamente por un filamento que conduce una sustancia amarga y punzante. El escritor Fernando Ampuero nos ofrece una crónica elegante y licenciosa con “Noches de bohemia en Lima”, en la que exhala algo del humor y de la frescura del célebre caballero Tristram Shandy. El apartado de “Entrevista” nos entrega dos interesantísimos diálogos: el primero de María Luisa de la Rocha con el poeta Marco Martos; el segundo de Alonso Rabí do Carmo con la reconocida narradora Alina Gadea. La sala de “Galería” se enorgullece de presentar un amplio catálogo de Camila Figallo, destacada y aluvional artista plástica. Precede a la muestra pictórica una semblanza de la artista, urdida por la docente y poeta Angelina Ferrero.

La sección “Reflexiones humanísticas” contiene tres ensayos profundos y diversos. En el primero, “Breve recorrido por una física del sentido. Recensión sobre la semiótica de Spinoza según Lorenzo Vinciguerra”, nuestro rector, Óscar Quezada, ofrece más de lo que anuncia su título: acomete la tarea de reivindicar la importancia de la historia de la semiótica a partir de la cala de un libro del *professeur* Vinciguerra, en la que compara textos de Spinoza con la epistemología semiótica de Peirce para esbozar una *Física del sentido*. El segundo ensayo pertenece a Constantino Carvallo Rey, el recordado pedagogo, quien despliega sus incisivas anotaciones al libro *El razonamiento práctico y la educación* de Alasdair MacIntyre. Y, finalmente, Margarita Mora Ponce nos confía un capítulo de su tesis de historia: “Los niños durante la ocupación del ejército invasor chileno en la ciudad de Lima”.

Para acoger el conjunto de prosas poéticas que configuran “Sala de las Clarisas” de Carlos López Degregori —como también los *collages* del autor—, hubo que crear la sección “Heterogéneo”. Lo demás lo dirá el trémulo lector. Dos textos, del poeta Javier Sologuren y del investigador Carlos Morales Falcón, rinden “Homenaje” al eternamente joven poeta

Javier Heraud, asesinado hace sesenta años en el río Madre de Dios. En “Teatro & música” también rendimos tributo a un personaje querido y trascendente del teatro nacional: “Sara Joffré y la búsqueda de una dramaturgia peruana”, por el profesor Carlos Vargas Salgado. El acervo de sonidos de corte dulce-alegre de origen africano con un intenso mestizaje virreinal lo trae Julio Llerena; su reportaje “La otra vida del cajón peruano. El extraño viaje de un instrumento universal” tiene todo el sabor y conocimiento que requiere. Y, como cierre de este número, expedimos “Portafolio”, muestra de la agudeza en el ojo y el pulso de Dante Pineda Palomino, quien hace su presentación con tensas “Frasas invisibles”.

A fines de junio de este año nos dejó un gran narrador y querido amigo, Antonio Gálvez Ronceros. Fue un notable escritor, perteneciente a la generación del cincuenta, miembro del Grupo Narración, que abrió un nuevo surco en la tradición del cuento peruano, en la que exploró la vida del hombre de campo en el sur del país, marcado por el ascendiente africano y las condiciones de penuria, con el contrapunto de una gracia y fineza de estilo inigualables. Su legado más importante está representado por las obras *Monólogo desde las tinieblas*, *Los ermitaños*, *La casa apartada* y *Perro con poeta en la taberna*. El dibujo que acompaña estas líneas me lo regaló el propio Antonio diciéndome: “Guárdalo. Este burrito llegó tarde a *Monólogo*”. Ahora lo publico como tributo a su memoria.

